



Marcelino Domingo en su cuarto del Hotel Malherbe.

sar el "fin de semana", negros de "smoking", estudiantes bullangueros... Don "Inda", que habitualmente examinaba con mucha curiosidad estas escenas callejeras y les dedicaba observaciones pintorescas, no levantaba la cabeza, sumido en sus preocupaciones.

—Eso de Barcelona...—le oí gruñir entre dientes, como hablando consigo mismo.

Y no dijo más.

"Eso de Barcelona..." era una de las cavilaciones de los republicanos de París por aquellos días. Habían llegado noticias de que las fuerzas antimonárquicas barcelonesas no habían conseguido ponerse de acuerdo y se aventuraban divididas a la lucha electoral frente a la Lliga, que aún parecía poderosa... Valencia era otro motivo de inquietud. En Valencia, la única gran ciudad española en la que el republicanismo histórico se había mantenido siempre firme, en Valencia, la tierra de Blasco, la Meca republicana, había estallado, de pronto, un cisma en el Partido... ¿Y Sevilla? ¿Se ganarían las elecciones en Sevilla? ¿Y en Cartagena? ¿Y en Alicante? ¿Y en Zaragoza?... Había quien temía que proporcionara una decepción el escrutinio de Madrid...

A primera vista, estas aprensiones parecen incomprensibles. ¿Cómo dudar de la victoria republicana en aquellas vísperas de las elecciones municipales, cuando millones de personas se manifestaban por la República en toda España, cuando a los jefes del movimiento de diciembre los llevaban en triunfo por las ciudades, cuando los generales y los altos funcionarios del Estado se pasaban, en grupos, a las filas republicanas, cuando los monárquicos, acobardados, apenas si oponían una tibia resistencia? Precisamente que la victoria pareciera tan evidente es, creo yo, lo que les hacía desconfiar a algunos líderes republicanos. Si don Alfonso y los políticos monárquicos presenciaban aquel gran alzamiento con los brazos cruzados, ¿no sería porque tuvieran algún recurso de última hora para dominarlo o para descarriarlo? Hay en el espíritu de toda persona razonable propensión a sobrestimar las fuerzas incógnitas del adversario. Y supongo yo

que turbaría a Marcelino Domingo y a Prieto, lo mismo que a los otros jefes republicanos. El aplomo con que los monárquicos marchaban a una derrota aparentemente segura no creían que se lo diera la inconsciencia o la impotencia, sino algún misterioso, invencible poder.

Repito que este proceso psicológico no es más que una conjetura mía. Dudo de que un hombre tan dinámico como Prieto sea dado a la introspección, entretenimiento de literatos gaudules: si lo es, a mí no me comunicó sus reflexiones. Silbando salió de La Coupole y silbando llegó a Teléfonos y se metió en la cabina a hablar con Bilbao.

Desde la sala de Prensa, donde me quedé esperándole, le oía dictar su artículo:

"Ninguna elección de todas aquellas en que he intervenido alcanzó la trascendencia que reviste la de hoy"... "Y no es que yo espere que de las urnas vaya a salir hoy la revolución, pero el escrutinio de esta tarde..." "¡Ojalá que el coraje vuestro haga que esta noche se desborde la

alegría en los corazones de un grupo de desterrados!"...

Luego llegaban retazos de su conversación con el compañero bilbaíno:

—¿Eh?... Sí, claro... ¿Qué? ¿Entusiasmo?... ¡Naturalmente!... ¿En toda España?...

Cuando salió de la cabina era otro hombre. Estaba animado, locuaz.

—¿Qué? ¿Buenas noticias?

—¡Magníficas! Magníficas de todas partes. En Bilbao, seguro un triunfo formidable... ¿Qué gran pueblo es Bilbao! ¡Es el pueblo de más sensibilidad y de más conciencia política de toda España!... Pero no crea usted que digo esto por interés de partido, en alabanza de los socialistas sólo. No. Es que es la verdad. Los partidos bilbaínos, todos, son modelos de organización y de entusiasmo y de inteligencia. Allí todo el mundo tiene ideas políticas claras y trabaja y se sacrifica por ellas. ¡Todos!: socialistas, católicos, republicanos, carlistas, nacionalistas...

La alegría de don "Inda" se desbordaba en alabanzas de su pueblo adoptivo: todo el camino de vuelta a nuestro barrio me fué ponderando a Bilbao; su belleza, su clima, su laboriosidad, su energía, su civismo...

[SE HAN GANADO LAS ELECCIONES!]

¿Qué hice yo el 12 de abril de 1931 hasta las siete de la tarde? No me acuerdo. En absoluto, no me acuerdo. Supongo que estaría con la imaginación ocupada por las elecciones y que andaría buscando ansiosamente noticias de España; pero la verdad es que no lo sé: el 12 de abril se me ha perdido en los desvanes de la memoria. A pocos españoles adultos les habrá pasado eso, ¿verdad?

En cambio, creo que si le tuviera que explicar a un juez mi vida en las cincuenta horas siguientes a la jornada electoral, lo podría hacer minuto por minuto. El tiempo, desde las siete de la tarde del 12 de abril hasta las nueve de la noche del 14, se me aparece como iluminado por una brusca y violenta llamarada de magnesio.

A las siete de la tarde del día de las elecciones fui al Hotel Malherbe, a comer, convidado por los amigos que estaban allí: Prieto, Marcelino Domingo, el general Queipo de Llano y los aviadores Hidalgo de Cisneros y Martínez de Aragón. En el Hotel Malherbe era donde, naturalmente, se iba a recoger la información de las elecciones: se habían concertado conferencias telefónicas con las principales ciudades de España.



Un grupo de emigrados republicanos en París. De izquierda a derecha: Ramón Azaña, César Falcón, Prieto, Ceferino Palencia, Graco Marsá, el capitán Gallo y el Sr. Jarné.